



www.loqueleo.com

El niño que vivía en las estrellas

© Del texto: 1996, Jordi Sierra i Fabra

© De las ilustraciones: 1996, Carme Solé

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-15-5

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición: agosto de 2008

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016

Segunda reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El niño que vivía en las estrellas

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Carme Solé

loqueleg

*Esta historia está basada
en un hecho real.
Sucederá mañana.*

*A M.^a José Gómez-Navarro,
que se enamoró de este libro.*

Primera parte

El niño perdido

Ni mi nombre, ni quién soy, ni lo que hago, ni dónde vivo son importantes en esta historia. Pude haber sido yo u otro médico, y pudo haber sucedido aquí o en otra parte. En ocasiones, los detalles son tan insignificantes que no hacen sino confundir lo más esencial, el tono, la forma y el fondo de lo que se está intentando contar. 9

Sin embargo, imagino que es necesario que diga, al menos, cómo me llamo y a qué me dedico. De esta manera todo será más comprensible. Y al llegar al final... que cada cual examine su propia conciencia. Los casos médicos suelen ocupar poco espacio en los medios de comunicación, salvo que sean extremadamente sensacionalistas. Son meras noticias, a veces en las secciones de sucesos. Nada más.

Este se inició como un caso médico.

Me llamo David Rojas y soy psiquiatra. Trabajo en un hospital como ese que tienes cerca de casa o ese otro que conoces de vista o por haber ido alguna que otra vez a ver a alguien o para que te curaran una herida. Es todo lo que necesitas saber, salvo, quizá, que me gusta lo que hago, me gusta profundizar en aquello que menos se conoce: la mente. Si a alguien le duele el estómago, es que ahí dentro algo no va bien, y si a alguien le duele un pie, exactamente lo mismo. Pero hay muchas personas que tienen males en la cabeza que no les duelen y que no se pueden curar con aspirinas. Hay males tan interiores, tan especiales, que en la mayoría de las ocasiones ese ser humano es ajeno a su enfermedad. La sociedad los llama, entonces, locos. Y ya se sabe que los locos han de ser encerrados en esas cárceles situadas en el más allá de la razón que son los manicomios, aunque nosotros los llamemos sanatorios mentales.

Aquel día de primavera yo estaba en mi despacho del hospital, poco antes de mi ronda de visitas y de las sesiones de terapia individual que mantenía con determinados enfermos. Los médicos que operan a alguien del estómago saben dónde bus-

car cuando abren el cuerpo de su paciente. Los psiquiatras no podemos abrir la cabeza del enfermo, y aunque pudiéramos, eso no serviría para nada, porque el mal no está a la vista. Así que nuestras «operaciones» consisten en largas charlas, preguntas, respuestas, tiempo. Y no siempre logramos curar. A veces, eso es lo más triste. Digo a veces porque, para los antiguos, las viejas civilizaciones y, todavía, alguna que otra en la actualidad, los locos son tratados como seres privilegiados, personas iluminadas, personas con un don maravilloso. Así que se los respeta y venera.

11

Nuestra sociedad, por suerte o por desgracia, ¿cómo saberlo?, es distinta.

La puerta de mi despacho se abrió a eso de las doce y cuarto y por ella apareció mi enfermera, Nandra —en realidad se llamaba Alejandra, pero desde niña la habían llamado así—. Se acercó a mi mesa y esperó a que yo levantara la cabeza y le preguntara qué quería. Nada más verle los ojos me di cuenta de que su expresión no era la habitual, la que yo solía conocer y a la que estaba acostumbrado. Nandra era una chica hermosa, iba a casarse en unos meses, y si la tenía conmigo era por su

eficiencia tanto como por su ánimo, siempre dispuesto o, mejor dicho, predispuesto a la alegría. Mis pacientes necesitaban tanto de esto como de lo que yo pudiera hacer por ellos.

—¿Qué sucede? —quise saber al ver que ella no hablaba.

12 —Han traído a un niño —fue lo primero que me dijo. Lo encontró anoche la policía municipal vagando por la calle, solo y perdido.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. No habla.

—¿Es mudo, tiene un *shock*...?

—Será mejor que lo veas tú mismo.

Nandra no solía impresionarse ni afectarse por casi nada. No es que tuviera el corazón duro o llevara tantos años tratando con personas enfermas de la cabeza que ya se hubiera insensibilizado. Para ella lo importante era ser fuerte ya que, solo así, lo sabía, estaría en disposición de dar lo mejor de sí misma a los demás. Yo la había visto llorar por alguien, afectada o impresionada, pero al siguiente paciente lo trataba con la misma dinámica e intensidad, el mismo cariño y determinación. Si ella inundaba su rostro con aquella máscara de